

que dé el primer paso para entibiar el mutuo afecto. Desgraciada la que no sea capaz de hallar la manera de hacer descansar en el hogar el corazón y el espíritu de su consorte.

¿Que el nuestro también precisa de consuelo? La mujer tiene que ser la compañera hasta el sacrificio. Y no lo dudes, a la larga, si has sido paciente encontrarás el premio. Y si la suerte te fué adversa, al menos habrás cumplido con tu deber y ello que te sirva de consuelo, porque no habrá mayor infierno en nuestra conciencia, que ésta no se halle en calma. Piensa que todo en la vida es efímero, menos el amor.

No fuimos creadas para imponer nuestros gustos y caprichos; si obramos así, no seremos sino muñecas con la cabeza llena de humo y nuestra felicidad durará lo que tarde éste en evaporarse.

Dentro de la familia hay que llevar siempre una cruz. Carguemos nosotras con ella, porque, aun considerándonos el sexo débil, tenemos, no obstante, fuerzas para soportarla, y no nos será muy pesada si nos la imponemos con agrado. Generalmente son siempre nimiedades las que tienden a ahuyentar la buena armonía. ¿Que tú sientes ante estas absurdas imposiciones deseos de sublevarte? ¿Que quieres castigar de alguna manera esa tiranía? Sí, castígala, pero queriéndole más, aunque te cueste hacerlo, que nunca mayor castigo clamará más alto ante ese pedestal prefabricado por él con el sobre nombre de «Hombria». ¡Qué mayor satisfacción para ti y que humillación más grande para él!

Que tu imaginación no se alimente de pesares, mujer; discúlpale porque al fin no dejarán de ser sino bagatelas que no merecerán tomarse en cuenta. Ya la vida de suyo se encarga de hacernos otros obsequios más amargos. Toma, pues, de la vida el lado bueno porque como dice Hippel: «la imaginación es el pulmón del alma». Dale a respirar una atmósfera agradable.

II

Hoy la mujer tiende a emanciparse y eso es imposible, si no quiere caer en la aberración. Apártate de esos equivocados modernismos americanizados que destruyen lo mejor que hay dentro de nosotros: «la femineidad». Piensa que la mujer tiene en el mundo otros deberes que son incompatibles con la vida libre que hoy queremos llevar. «Ser madres». ¿Sabes, mujer, lo que esta palabra representa? La madre, no lo es solamente porque haya dado a luz al hijo. En ella principalmente recae la tarea noble de moldear el alma suya. Tu obra será completa si has logrado hacer del niño, al hombre cabal. Cometes un crimen si dejas estas tareas en manos mercenarias. El origen de la felicidad futura que todas las mujeres buscamos, está en la educación de los hijos. No te apartes con falsos prejuicios de este sagrado deber que a ti exclusivamente concierne. Hay que educarlos con el corazón y con el entendimiento práctica y seriamente. Si tus ocupaciones fuera del hogar—léase diversiones—te restan tiempo para dedicarle tus desvelos, haces mal en quejarte de tu esposo por-

que tú lo haces así en el hijo. Y conste que no hablo por experiencia, aún no he formado hombres de mis niñitos; pero lo intuyo.

Educa a tu hijo en el temor de Dios y en la obediencia que te debe. No satisfagas sus caprichos cuando te los pide con altanería, porque en esa debilidad tuya comienza el principio de su imperfección.

Castígale cuando verdaderamente haga motivos. Muchas veces aplicamos éste, cuando no lo han merecido. El castigo, le encomendó Dios a la madre sabiendo que el cariño había de suavizarle.

Nosotras, desde niños les enseñamos a ser egoístas y luego nos quejamos de ellos. La tiranía se la hemos concedido desde que tenían bucles rizados y lo que se aprende en la cuna... etcétera. Así, pues, no te olvides, que todo el mal del hombre que soportamos se debe exclusivamente a nosotras mismas.

El paraíso en la tierra es obra nuestra; si no lo tenemos no nos quejemos. Una mujer lo perdió; a la mujer le toca reconquistarlo; si lo conseguimos habremos ganado una eternidad, porque el amor en el hogar cristiano es el Paraíso antes del pecado.

MANOLA PEREZ DE PEREZ DE VILLAR

LLAMAS de CAPUCHINA

Cuando hace luna llena parece que la noche se ha dormido con la luz encendida.

Antes del enlucido, las casas en construcción producen el mismo efecto que esas figuras humanas despellejadas para el estudio del sistema muscular.

Cuando el limpiabotas quita los viejos naipes que protegían el calcetín, parece haber dada cima a un laborioso juego de prestidigitación.

Al ponerse el Sol, el horizonte comulga a diario con una hermosa hostia de fuego.

JOSE CANAL